

# ¡A ocupar vuestro puesto en la manifestación! Crisis, desocupación y experiencia a través de un mitin obrero. Tucumán, abril de 1931

*María Fernández de Ullivarri*  
ISES (UNT-CONICET)  
ulliva@gmail.com

## *Resumen:*

El artículo centra su atención en las estrategias de resistencia de los trabajadores en un contexto particularmente conflictivo como los primeros años de la década del 30. Para ello recurrimos al análisis de un mitin obrero organizado para protestar contra la desocupación y, a través de él, intentamos desentrañar las nuevas o aggiornadas estrategias de lucha desarrolladas en un ambiente hostil, caracterizado por la represión, la crisis económica y el malestar político.

Palabras clave: trabajadores, sindicatos, desocupación

## *Abstract:*

This paper focuses on the resistance strategies designed by workers within a particularly conflictive context such as that of the early 30's. In this respect, we analyze a workers' rally organized as a protest against unemployment and, through it, we try to unravel new or updated fighting strategies developed in a hostile environment which is characterized by repression, economic crisis and political discontent.

Key Words: workers, unions, unemployment

*Cuando se queja, el ser humano libera una gran cantidad de palabras que revelan su visión del mundo y, además, la estructura trágica de la historia.*<sup>1</sup>

Las duras consecuencias económicas y sociales de la crisis de 1929 marcaron el tono de los primeros años de la década del 30. Este proceso fue acompañado políticamente por un golpe de estado —acontecido en septiembre de 1930— que impulsó la llegada del general Uriburu al gobierno nacional. Una vez en el poder, éste intentó imponer sin éxito una reforma autoritaria y corporativa al modelo institucional vigente en el país, pero ante la imposibilidad de integrar los diversos proyectos políticos y formular uno que todos sus aliados pudiesen compartir, sus planes fracasaron.<sup>2</sup>

Sin embargo, su paso por el gobierno nacional no estuvo exento de secuelas para el mundo del trabajo y, más concretamente, para el movimiento obrero. La administración de facto, amparada en el estado de sitio y la ley marcial, ahondó los mecanismos represivos, profundizó la vigilancia policial y utilizó a discreción la deportación y la cárcel.<sup>3</sup> Las actividades sindicales se dificultaron y sus organizaciones más visibles, como la Confederación General del Trabajo (CGT), se vieron forzadas a asumir una actitud pasiva para sobrevivir. Mientras otras, como la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), fueron perseguidas y proscriptas. Todo esto tuvo lugar en un escenario de crisis económica, desocupación y deterioro de las condiciones materiales de vida.

Pero un paisaje hostil como el de los primeros años 30 puede ocultar muy bien las formas de lucha que se entablaron en su interior. En la mayoría de los casos estos escenarios fueron conflictivos y se sucedieron en ellos diversos actos de disconformidad. En este sentido, como dice Thompson, la hegemonía puede definir los límites externos, montar una ingeniería sobre lo que se puede o no se puede hacer, lo que es política y socialmente practicable y por ello influir sobre las

<sup>1</sup> Arlette Farge, *Efusión y tormento. El relato de los cuerpos. Historia del pueblo en el siglo XVIII*, Buenos Aires, Katz, 2008, p. 73.

<sup>2</sup> Tulio Halperin Donghi, *La República imposible, 1930-1945*, Buenos Aires, Ariel, 2004.

<sup>3</sup> En un principio convivieron dos tendencias al interior de la coalición gobernante. Una de ellas partidaria de resolver las disputas entre capital y trabajo mediante la conciliación y reprimir sólo a los más combativos. La otra, partidaria de la represión lisa y llana fue la que triunfó. Sandra Mcgee Deutsch, *Las Derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile. 1900-1939*, Quilmes, UNQ, 2005.

formas de lo practicado, pero en su interior “podrían montarse muchas distintas escenas y desarrollarse dramas diversos”.<sup>4</sup>

A partir de esta idea, intentaremos una aproximación al mundo del trabajo de la provincia de Tucumán durante esos primeros años de la década del 30, buscando algunas de las intervenciones que los trabajadores pusieron en práctica para desarrollar sus estrategias de lucha en un contexto difícil. Para ello nos proponemos analizar un mitin que el Sindicato Autónomo de Obreros Albañiles y Anexos organizó, en abril de 1931, para protestar por la desocupación. Elegimos ese acto porque creemos que ahí confluyen —en gran medida— las cuestiones que nos preocupan. Un mitin constituye una reunión pública que forma parte de los repertorios de acción de las clases trabajadoras. En estas reuniones se vuelcan palabras y discursos que producen significados y crean representaciones. En ellas también las personas se avcinan, se amontonan, ponen el cuerpo en una manifestación pública, liberan emociones y otorgan contenido político a su presencia. Y finalmente, una protesta centrada en el problema de la desocupación organizada por un sindicato, nos permite empezar a pensar los problemas relacionados con la representación gremial y los vínculos de clase, así como también las dificultades referidas a la construcción de las identidades colectivas.

En la medida en que la palabra es un acto de presencia, creemos que es posible, a través de los discursos articulados en el mitin y en torno a él, establecer aspectos notorios de la experiencia obrera y encontrar allí algunos rasgos de las estrategias de resistencia a la hegemonía.<sup>5</sup> En definitiva, una manifestación pública constituye un escenario privilegiado para observar las prácticas y los sentidos otorgados a la lucha.

De esta manera, este artículo pretende presentar una reflexión sobre la experiencia de los trabajadores y de los sindicatos, en una provincia argentina en un momento de crisis profunda, a través de un acto público del que participaron varios gremios obreros, desocupados y algunos políticos. Organizaremos el artículo en tres partes. En la primera presentaremos la construcción del problema; en un segundo apartado, a través del manifiesto de invitación al acto, intentaremos desentrañar las condiciones de movilización, y por último, nos detendremos en el análisis del mitin, los discursos allí vertidos y sus implicancias.

<sup>4</sup> Edward P. Thompson, “La sociedad inglesa en el siglo XVIII ¿Lucha de clases sin clases?”, en *Tradicón, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1984, p. 59.

<sup>5</sup> En esto seguimos a Joan Scott, “On Language, gender and working class history”, en Lenard Berlanstein, (Ed.), *The industrial revolution and work in nineteenth-century Europe*, Londres, Routledge 1992 y Gareth Stedman Jones, *Lenguajes de clase, Estudios sobre la clase obrera inglesa 1832-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1987.

Durante los primeros años de la década del 30, en la provincia de Tucumán, así como en todo el país, el desempleo se instaló como un problema medular por sus efectos tanto económicos, como sociales.<sup>6</sup> Dentro de sus consecuencias, estuvieron aquellas que afectaron a los sindicatos, en la medida en que eran organizaciones con referencia en el empleo y en el oficio. De esta forma, ante la disminución de las fuentes de trabajo —producto de la depresión— muchos gremios, ya golpeados por las consecuencias de la crisis, debieron adaptar sus repertorios de acción y de lucha para encontrar un nuevo —o más amplio— lugar de representación.

Esta búsqueda constituyó una clave de acción para los sindicatos locales, ya que si bien estas organizaciones representaban trabajadores, en momentos como los primeros años treinta, la categoría social de “trabajador” —que puede ser definida en relación a múltiples espacios: clase, mercado de trabajo, empleo, oficio, etc.— entró en tensión. Esto dificultó tanto la construcción de identidades<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Los números del desempleo en la provincia constituyen en sí mismos un nudo problemático. Durante el relevamiento realizado en 1932 por el Departamento Nacional de Trabajo (DNT) los números arrojan, para las versiones preliminares publicadas en la prensa, 1.044 mujeres y 5.283 hombres desocupados, siendo mayor la desocupación en las tareas vinculadas al campo. No obstante, las cifras del censo nacional, que posteriormente publicó el DNT, fueron menores a las publicadas por la prensa en agosto de 1932. El informe del DNT da cuenta sólo de 3.180 obreros desocupados en la provincia, cuando los datos preliminares arrojaban un número más elevado. De todas formas, más allá de las diferencias numéricas, lo cierto es que ambas cifras no reflejaban la realidad de la provincia. El censo fue relevado en épocas de zafra, lo que significaba, como destacaba la prensa que había que esperar “dos meses más y se observará que ese censo de desocupados tucumanos es una ínfima expresión de la verdad.” *La Gaceta, Tucumán*, 24.08.1932 y *La Gaceta*, Tucumán, 25.08.1932. Cfr. José Panettieri “Paro forzoso y colocación obrera en Argentina en el marco de la crisis mundial (1929 – 1934)”, La Plata, *Cuadernos del CISH N°1*, primer semestre de 1996; Nicolás Iñigo Carrera y Fabián Fernández, “El movimiento de los desocupados en la primera mitad de la década de 1930”, en *Actas de las XX Jornadas de Historia Económica*, Mar del Plata, octubre de 2006 y Departamento Nacional de Trabajo, División Estadística, *La desocupación en la Argentina*, 1940, Buenos Aires, 1940, Departamento Nacional del Trabajo, Boletín Mensual, Buenos Aires, Noviembre de 1932.

<sup>7</sup> El concepto de identidad es un campo abierto de controversias y debates, pero en tanto no es nuestro interés detenernos en esas discusiones, explicitaremos solamente que aquí seguimos las propuestas de Bernard Lepetit quien sostiene que las identidades sociales no tienen esencias sino usos, que son el resultado de los procesos de interacción entre sujetos y también de instancias de conflicto frente a

vinculadas a ella, como sus espacios de representación asociados; y complejizó las respuestas a las preguntas sobre a quiénes representan los sindicatos y si los desocupados son o no “trabajadores” a representar.<sup>8</sup>

Por otro lado, en épocas de crisis —políticas, sociales y económicas— las estructuras en las cuales los individuos se referencian se sacuden y los obligan a revisar sus marcos de pertenencia. La falta de empleo o la imposibilidad de conseguir una posición estable en el ámbito laboral genera cierta incertidumbre respecto al reconocimiento de la propia identidad, ya que el trabajo es uno de los ejes que ubica a los sujetos en la esfera pública. Por él se consiguen una existencia social que, asimismo, inserta a los trabajadores en una red de relaciones e intercambios políticos, sociales o emocionales.<sup>9</sup> Dentro de ese conjunto de vínculos estaba el que conectaba al trabajador con el sindicato —ya sea afiliado, miembro esporádico, simpatizante o sólo contribuyente de “apoyo moral”—, donde las luchas se planteaban sobre problemas comunes asociados, mayormente, al ámbito laboral y desde donde se sostenía un discurso vinculado al derecho y a la reivindicación, ligado al rol social del trabajador como productor.<sup>10</sup>

“otros.as” como los.as funcionarios.as estatales o los.as líderes de otras expresiones políticas. Identidad es, entonces, una “forma de estar” frente a otros. Bernard Lepetit, *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*, París, Albin Michel, 1995, citado por Paul Ricoeur, *Caminos del Reconocimiento. Tres estudios*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

<sup>8</sup> En la década del 30 esta cuestión fue particularmente importante, porque durante esos años se produjeron un conjunto de transformaciones en el mercado de trabajo y en los escenarios gremiales que modificaron las estructuras de referencia clásicas. Al tratarse de una época bisagra donde convivieron y se superpusieron sociedades por oficio con estructuras por rama de industria, a las que se sumaron los desocupados, muchos de los cuales construyeron sus propias organizaciones de “obreros cesantes”, el escenario sindical se caracterizó por su heterogeneidad. Sin embargo, las preguntas sobre la representación continúan siendo válidas incluso hoy, donde a partir de la emergencia de grupos organizados de desocupados, nuevamente se abrió un debate sobre los límites y los encuadres de la representación sindical, así como sobre las estrategias de lucha. Cfr. Cecilia Cross, “La Federación de Tierra y Vivienda de la CTA: El sindicalismo que busca representar a los desocupados”, en Osvaldo Battistini, (Coord.) *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*, Buenos Aires, Prometeo, 2004.

<sup>9</sup> André Gorz, *Metamorfosis del trabajo. Búsqueda del sentido. Crítica de la razón económica*, Madrid, Sistema, 1995, p. 26, citado por Mirta Lobato, *La vida en las fábricas*, Buenos Aires, Prometeo, 2001, p. 23.

<sup>10</sup> Destacamos acá la condición de apoyo moral o de simpatía que muchos trabajadores pudieron haber tenido por los sindicatos u otras organizaciones obreras, ya que somos conscientes de que el mundo propiamente sindical —afiliados y cotizantes— era muy estrecho en la provincia. No obstante, a través de la lectura atenta de las fuentes podemos inferir que existía un importante número de trabajadores que se acercaba a los sindicatos esporádicamente, mientras que otros prestaban “apoyo

De esta forma, a partir de este cruce entre las dificultades de acción y representación de los sindicatos y los problemas vinculados a la subjetividad de los actores respecto a su propio lugar social y a la pérdida de sus espacios de contención o referencia, es donde consideramos que la desocupación impulsó a los dirigentes sindicales a buscar nuevos significados para la lucha y a construir un nuevo —o *aggiornado*— problema común que permitiera aglutinar voluntades y repensar resistencias.

Es entonces en este punto donde el mitin aparece en escena para ayudarnos a buscar respuestas a las preguntas que nos formulamos: ¿Qué palabras y qué estrategias se usaron para replantear la lucha? ¿Qué argumentos les permitieron reapropiarse de la realidad para forjar solidaridades? ¿Qué punto en común hilvanó la trama de múltiples experiencias individuales? ¿Dónde excavaron los sindicatos organizadores buscando subjetividades a representar?

A principios de los años 30, la estructura sindical de la provincia era heterogénea. Convivían gremios con tradición, como el de panaderos, Luz y Fuerza o el de sastres;<sup>11</sup> instituciones de base nacional —Unión Ferroviaria, Unión Linotipistas; Mecánicos y afines (ULMA) y La Fraternidad—; sociedades de resistencia con tendencia anarquista; sindicatos autónomos como el de mozos, empleados de comercio o *chauffeurs*. Sindicatos de corte más industrial como los de Fideeros, Ladrilleros o el Sindicato de Obreros de la Industria del Dulce. Existía también una amplia gama de sindicatos por oficio como albañiles, yeseros, carpinteros, pintores, zapateros. Estaban también organizados los vendedores de diarios y revistas —*canillitas*—, los obreros municipales, los trabajadores de los mataderos, los conductores de coches y carruajes, los telefónicos y las telefonistas, los trabajadores gráficos, los del Correo, los empleados del Estado, etc.<sup>12</sup> Anteriormente habían existido entidades sindicales femeninas como la Unión Parteras y la Sociedad de Lavanderas y Planchadoras Unidas.

moral” o colaboraban con ellos en tiempos de huelgas y conflictos y que, aún permaneciendo ajenos a las prácticas típicamente gremiales, se sentían identificados con algunas luchas y reclamos.

<sup>11</sup> El sindicato de Luz y Fuerza de Tucumán, fundado en 1919 fue el primero del país, la Sociedad de Resistencia de Obreros Sastres, fundado en 1901, compartía con la Sociedad de Resistencia de Obreros Panaderos, fundada en 1902, el título de organización más antigua de la provincia.

<sup>12</sup> Los trabajadores de la principal industria de la provincia, la azucarera, no estaban formalmente organizados. Hacia 1931 las fuentes dan cuenta de la existencia de una Federación de Obreros Tucumanos de la Industria Azucarera (FOTIA), pero luego desaparece. No obstante, con ese mismo nombre pero fundada sobre otras bases, se constituye en 1944 una organización que se convertiría en una de las más poderosas fuerzas sindicales bajo el gobierno del General Perón. No obstante, durante los primeros años de la década la organización de los obreros azucareros fue débil y esporádica.

Muchos de estos sindicatos desaparecieron, se reorganizaron o se fusionaron en federaciones o uniones más amplias. Otros trabajadores, para cubrir los aspectos sociales y de ayuda mutua necesarios para llevar adelante su subsistencia se agruparon en centros de obreros, sociedades mutuales o círculos pertenecientes a ingenios o a la Iglesia Católica. Pero lo cierto es que ninguno constituía, en este período, una entidad con fuerza suficiente como para plantear un enfrentamiento que compela al gobierno a reformular su política respecto al mundo del trabajo o forzar negociaciones complejas.

En un contexto particularmente hostil, donde la represión era un componente importante de las relaciones entre el Estado y la sociedad, sólo pequeños grupos de trabajadores llevaban adelante —esporádicamente— acciones de violencia, atentados y mitines con consignas radicalizadas. Para la mayoría de las organizaciones sindicales y obreras no sólo era muy difícil actuar, sino que, al mismo tiempo, veían disminuir la afluencia y la participación de los trabajadores.

De esta manera, sostener la lucha, las acciones y los gremios en actividad obligó a los sindicatos a buscar factores de unidad y de solidaridad que los fortalecieran, reforzaran su identidad de clase y que, además, les permitieran expresarse en forma tolerada por los gobiernos de la época. Creemos, entonces, que fue a través de un discurso que rescató lo cotidiano, la pobreza y la miseria de la que todos eran víctimas —personificada en el sufrimiento de la familia obrera— donde los organizadores del mitin hicieron pie para convocar trabajadores y construir una estrategia de unidad y de lucha. El discurso, donde la experiencia de explotación ocupó un rol central, agregó a la retórica tradicional y clásica del mundo obrero, una vivencia emocional que, en tanto fuente de indignación, permitió dar carácter a un nuevo —o *aggiornado*— motivo para la lucha.

## LA INVITACIÓN. CONSTRUYENDO UN PÚBLICO

El 5 de abril de 1931 un grupo de albañiles tucumanos nucleados en el Sindicato Autónomo de Obreros Albañiles y Anexos, profundamente afectados por la falta de empleo, tenía previsto un mitin para protestar por la desocupación, junto con el Sindicato Unión Chauffeurs.<sup>13</sup>

Los preparativos para la movilización fueron rompiendo la “tranquilidad social” que los sucesivos interventores impuestos por el gobierno de facto intentaban sostener. Anuncios en los diarios, notas en pequeños recuadros y un manifiesto de invitación que salió publicado en *La Gaceta*, daban cuenta de cierta expectativa respecto al acto.

<sup>13</sup> La prensa destacó el lugar de coorganizador al sindicato Unión Chauffeurs y remarcó también, que participaron del mitin casi todas las entidades gremiales de la ciudad de San Miguel de Tucumán y representantes políticos del Partido Socialista Independiente. No figuraron entre los adherentes ni el Partido Socialista ni el Partido Comunista.

Parte de esa atención sobre una manifestación obrera radicaba en la existencia de una mirada social piadosa sobre el problema de la desocupación.<sup>14</sup> Desde la prensa, ese escenario de expectativas se fue coloreando con opiniones, explicaciones, justificaciones y posibles soluciones. *La Gaceta* comentaba que los desocupados “expondrán ante la opinión pública la situación de angustia en que viven” y “gobierno, industrias y comercio, en la medida de sus fuerzas deben colaborar a resolver esa situación” para despejar “el nublado horizonte [...] que suscita el pesimismo, que es el peor de los males que puede aquejar a los pueblos”.<sup>15</sup> El día del acto, este matutino destacó: “Desde luego que los trabajadores no realizan una protesta ni mucho menos contra los actuales miembros de la intervención federal. Lejos de ello, por el contrario, se mira con respeto la acción de la misión federal que preside el doctor Arata”.<sup>16</sup>

La protesta era, para *La Gaceta*, un asunto meramente económico en el que la sociedad en su conjunto debía colaborar “dando a los padres y a los hijos en edad de trabajar, la tarea que les permita adquirir el sustento diario” porque se trataba de una acción para “terminar con la miseria que reina en centenares de hogares de trabajadores.”<sup>17</sup> No había, en la opinión de este diario, responsables directos de la situación.

El diario *El Orden*, por su parte, expresaba que la demanda se “elevará a quien corresponda”.<sup>18</sup> Para este periódico, el acto iba a ser “una importante demostración de las fuerzas proletarias [...] que cundirán en masa a protestar por la falta de trabajo. Tucumán, lo repetimos, es una fuente inagotable de riquezas muertas antes de nacer por la falta de actividad o el desconocimiento que tienen los capitales de su deber.”<sup>19</sup> Para *El Orden*, y más específicamente para su columna Mundo Obrero, existían responsabilidades concretas: el “corazón anestesiado” de los capitalistas.<sup>20</sup> De esta forma, llamó a la sociedad a solidarizarse con la protesta expresando que “Tucumán debe saludar el paso de los vencidos”.<sup>21</sup>

<sup>14</sup> De ello dan cuenta no sólo las manifestaciones de la prensa, sino también las campañas y colectas que, desde organizaciones de la sociedad, se preparaban para colaborar con los desempleados. Cfr. María Ullivarri, «No hay vacante. Estado, desocupación y cuestión social en Tucumán. 1930-1943», en *Actas de las XX Jornadas de Historia Económica*, Mar del Plata, 2006.

<sup>15</sup> *La Gaceta*, Tucumán, 03.04.1931.

<sup>16</sup> *La Gaceta*, Tucumán, 05.04.1931. El doctor Tito Arata asumió el cargo de interventor luego de la renuncia de Ramón Castillo en enero de 1931.

<sup>17</sup> *La Gaceta*, Tucumán, 25.03.1931.

<sup>18</sup> *El Orden*, Tucumán, 04.04.1931.

<sup>19</sup> *El Orden*, Tucumán, 04.04.1931.

<sup>20</sup> *El Orden*, Tucumán, que era un diario conservador, publicó durante aproximadamente tres meses dos páginas denominadas Mundo Obrero, donde aparecían noticias locales, nacionales e internacionales sobre acontecimientos vinculados a la actividad obrera. Esa sección fue paulatinamente abandonando las noticias locales y nacionales y terminó concentrándose en las internacionales, reduciendo su espacio y posteriormente desapareció.

<sup>21</sup> *El Orden*, Tucumán, 05.04.1931.



Sobre ese escenario previo que la prensa, como principal vehículo de propaganda, fue construyendo y mediante el cual fue informando a la sociedad sobre el drama de los desocupados, la palabra de los organizadores apareció recién en el manifiesto de invitación. Allí se llamó a participar no sólo a los desempleados, sino a los “trabajadores en general”, porque el sindicato organizador entendía que “la lucha contra la desocupación no debe limitarse a los desocupados, debe ser la lucha común de todos los trabajadores unidos”.<sup>22</sup> Puesto que, como expresaba el manifiesto:

La lucha de los obreros desocupados es parte de la lucha contra el capitalismo y debe ser conducida por la propia masa trabajadora que la soporta. El obrero ocupado hoy en los lugares de trabajo es el candidato a desocupado mañana. El explotador le impondrá la rebaja de los salarios, le exigirá mayor rendimiento en el trabajo [...] amenazándolo con su reemplazo por un hambriento o ya desocupado que se ve en la necesidad de trabajar por lo que le den.<sup>23</sup>

De modo que, desde la primera convocatoria a participar los dirigentes del sindicato expresaron sus argumentos para sumar a los “hambrientos o ya desocupados” a la lucha de los trabajadores ocupados, unificando las demandas. En este sentido, los trabajadores eran conscientes de que ese ejército de reserva sin organización, en ese escenario económico, constituía una amenaza para ellos mismos.<sup>24</sup> El desempleo era experimentado como factor de miseria tanto para los que tenían empleo, como para los que carecían de él, eran los ocupados los que debían conducir esa lucha. Principalmente porque la desocupación estaba asociada con el incremento de la presión de los patronos sobre los trabajadores. Esto provocaba un importante retroceso en las conquistas que ellos consideraban primordiales, mientras que también limitaba las prácticas tradicionales en los ámbitos laborales y profundizaba la explotación.<sup>25</sup> La desocupación era un mecanismo del capitalismo y, consideraban, no había necesidad de dividirse frente a la situación ocupacional.

Desde el manifiesto, los albañiles destacaron la necesidad de actuar. Y para ello presentaron, frente a un panorama que por sus características represivas y

<sup>22</sup> Manifiesto del Sindicato de Albañiles invitando al mitin. *La Gaceta*, Tucumán, 5.04.1931.

<sup>23</sup> Manifiesto del Sindicato de Albañiles invitando al mitin. *La Gaceta*, Tucumán, 05.04.1931.

<sup>24</sup> Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

<sup>25</sup> Desde el Departamento Nacional de Trabajo ya se venía advirtiendo al respecto de la “ofensiva capitalista.” Su director expresó en reiteradas oportunidades la necesidad de generar medidas tendientes a frenar la profundización de la explotación, pero no encontraba interlocutores dispuestos a actuar en consecuencia. Al respecto véase Hiroshi Matsushita, *Movimiento Obrero Argentino, 1930-1945*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1983, p. 83.

“pesimistas” podía resultar desmovilizador, un escenario moralmente intolerable. El manifiesto continuaba, entonces, haciendo hincapié en este punto:

La situación crítica por que atraviesa el proletariado en este país, se hace cada vez más insoportable [...] y en todos lados se presenta[n] ya no como fantasma[s] el hambre y la miseria: sino como una realidad. Frente a esta situación la clase trabajadora que en otrora sostuvo luchas decisivas con el capitalismo, no puede permanecer impasible aceptando [que] la única libertad que existe en este país [es la] de morirse de hambre.<sup>26</sup>

En ese sentido, las movilizaciones sociales no son expresión mecánica de experiencias de necesidad económica, sino que muchas veces, como destaca E. P. Thompson, los problemas de miseria se miden en referencia a expectativas morales y valores de justicia, presentes o relevantes para cada comunidad o cultura que influyen tanto como lo material en la predisposición a la acción.<sup>27</sup> La “situación crítica” terminó por quebrar la tensa línea de la impasibilidad. Desde el manifiesto, en definitiva, se pusieron en locución esos valores y expectativas y se interpeló a la experiencia común para que vuelva hacia el grupo como un sentimiento compartido de indignación que predisponga a la acción.

De esta forma, una realidad “insostenible” que no era exclusiva del desocupado, ya que describía las marcas de la miseria en el cuerpo de todos, dibujó el motivo del mitin. La representación del pasado del grupo como un “otrora de luchas decisivas”, proporcionó un sello identitario y una esperanza, que sirvieron de referencia para movilizarse. La nostalgia de “tiempos mejores” –señala Alf Lüdtke– es un modo de expresar disconformidad frente a la imposibilidad de satisfacer las necesidades y puede concebirse como un índice de la aflicción experimentada en el presente del grupo.<sup>28</sup>

Ese pasado de lucha instrumentado para puntualizar una trayectoria de conjunto, también contribuía a definir los deberes de sus integrantes. El “obrero consciente” no debía “abandonar a sus hermanos.” En la lucha contra el capitalismo, debían defenderse los unos a los otros. Y, asimismo, “deben todos por igual cooperar [...] ser un activo propagandista para que la manifestación de desocupados adquiera las proporciones deseadas”.<sup>29</sup>

<sup>26</sup> Manifiesto del Sindicato de Albañiles invitando al mitin. *La Gaceta*, Tucumán, 5.04.1931

<sup>27</sup> Thompson, “La sociedad...”, op cit. y *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989.

<sup>28</sup> Alf Lüdtke, “Sobre los conceptos de vida cotidiana, articulación de las necesidades y “conciencia proletaria”, en *Historia Social*, N° 10, primavera-verano 1991, pp. 41- 61.

<sup>29</sup> Manifiesto del Sindicato de Albañiles invitando al mitin. *La Gaceta*, Tucumán, 05.04.1931.

En este sentido, podemos estimar que las dificultades de comunicación y organización, en el marco del estado de sitio, concedían a la tarea de difusión un valor importante en la lucha. Tanto para los ocupados como para los que no lo estaban, participar desde la propaganda les permitiría sentirse parte de una lucha y de un reclamo. La construcción de la demanda muchas veces puede ser experimentada por cada trabajador como ajena a sus rutinas cotidianas, negociada y pensada en ámbitos cerrados o entre dirigentes. Movilizarse por el barrio, el lugar de trabajo, los ámbitos de sociabilidad invitando a participar, les acercaba la sensación física de ser parte de una acción de resistencia y de protesta construida en conjunto.

El manifiesto, a través de sus párrafos, construía un problema y un grupo al que asignaba sus roles, tareas y espacios. En ese sentido, dentro de los invitados, también aparecieron las “mujeres proletarias”. El texto tenía un apartado especial donde hacía un llamado a todas ellas, convocándolas a estar:

Todas a la par del obrero en la manifestación del 5 de abril para demostrar a los ricos que mientras ellos viven en hogares entre el lujo y la abundancia, hay un pueblo que sufre hambre, que hay madres proletarias semidesnudas, que hay niños débiles, que agonizan y mueren en los brazos de las madres proletarias en la miseria, sin atención médica y sin los remedios indispensables para su curación. Y que a pesar de que se combate el analfabetismo hay miles de niños que no pueden concurrir a las escuelas por la falta de guardapolvos blanco y los botines que exigen (sic) en las escuelas. Todo por las consecuencias de la desocupación obrera. Madres y niños a ocupar vuestro puesto en la manifestación obrera.<sup>30</sup>

Las mujeres —como madres— representan aquí el lado más oscuro de la desocupación, de la vida proletaria y de la miseria. El costado menos visible. Invitarlas junto con los niños, mostrarlas a la sociedad, ponía en juego un sistema de valores pretendidamente universal donde ellas debían ser protegidas.<sup>31</sup> Usadas como retrato de la experiencia obrera aparecen como un argumento en la disputa simbólica.

Dentro de la retórica del desempleo, se las culpó muchas veces de ocupar puestos de trabajo perjudicando al hombre.<sup>32</sup> Pero acá no se las nombraba más

<sup>30</sup> Manifiesto del Sindicato de Albañiles invitando al mitin. *La Gaceta*, Tucumán, 05.04.1931.

<sup>31</sup> James expresa que el tema de la amenaza a las obreras y la necesidad de proteger a las mujeres era un tema recurrente del tango y de otras formas de cultura popular y, en este sentido, su ubicación como principal víctima de la miseria reflota la necesidad de protegerlas y da impulso a la lucha. Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, p. 38.

que como madres y compañeras. Mirta Lobato destacó que cuando los trabajadores se reunían, la presencia femenina era casi inexistente: “ella sólo cobraba fuerza cuando se plantea como necesidad narrativa mostrar la brutalidad del sistema capitalista”.<sup>33</sup> Apelando a la experiencia fuera del ámbito de la producción, las mujeres fueron presentadas como “madres proletarias” y nada se dijo sobre su condición de trabajadoras o como las estadísticas destacaron: “el grupo con más alto índice de desocupación”.<sup>34</sup>

El manifiesto, apuntaba a mostrar la crueldad de la explotación y para ello describía cómo el escenario social, económico y político atentaba contra el cuerpo de las clases trabajadoras de la manera más feroz. Era, en definitiva, en la corporalidad de los trabajadores y las trabajadoras donde se inscribían las historias de hambre, de cansancio, de frío y de miseria. Y fue sobre esa vulnerabilidad y sobre la caracterización del conjunto de adversidades que los acercaban, donde la apelación a la emoción y a los afectos sirvió para transformar ese cuerpo individual en corporalidad social. De esta forma se fue construyendo narrativamente una representación que inducía a la movilización. El manifiesto montó un escenario, dispuso sus actores y preparó la escena para representar la trama y profundizar los argumentos.

Pero una invitación siempre marca una línea divisoria entre los convidados y los que no lo están. En este sentido, el manifiesto compuso no sólo un escenario hostil, sino que también, a través de valores enfrentados, edificó el conflicto y dibujó a los protagonistas y antagonistas. Estaban ellos, los obreros, frente a “patrones avarientos” que aprovechaban la situación para pagar “salarios de hambre” y dejaban a “miles de hogares proletarios sin los alimentos necesarios”, poniendo en peligro “la vida de miles de inocentes criaturas”.<sup>35</sup>

<sup>32</sup> Esto puede leerse en las crónicas de los diarios, como así también en las declaraciones de algunos dirigentes u organismos oficiales como la Junta Nacional para Combatir a la Desocupación. Afirmaciones como “esta desocupación no es el producto de una restricción de las actividades de esas empresas solamente, sino también de la sustitución de la mano de obra masculina por la femenina” o la contundencia respecto a la necesidad de reflotar “el papel hogareño de la mujer, sobre todo cuando es madre de familia. Sólo así se solucionará el angustioso problema de la desocupación” eran frecuentes en la prensa. *La Gaceta*, Tucumán, 28.06.1940 y 04.03.1934. Cfr. también Noemí Girbal-Blacha, “La Junta Nacional para Combatir la Desocupación. Tradición y modernización socioeconómica en la Argentina de los años treinta”, en *Estudios del Trabajo*, Número 25, Enero-junio 2003.

<sup>33</sup> Mirta Lobato, *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Buenos Aires, Edhasa, 2007, p. 296.

<sup>34</sup> *La Gaceta*, Tucumán, 24.08.1932; *La Gaceta*, Tucumán, 25.08.1932 y Departamento Nacional del Trabajo; Investigaciones Sociales; Buenos Aires, 1940.

<sup>35</sup> Manifiesto del Sindicato Autónomo de obreros albañiles y anexos. *La Gaceta*, Tucumán, 5.04.1931.

El manifiesto dispuso una retórica argumentativa que le dio voz tanto al malestar doméstico como al “espectáculo del sufrimiento” para traducir la indignación en términos de bien común y de esa forma generar solidaridades.<sup>36</sup>

## LA PUESTA EN ESCENA. EL MITIN

Además de la propaganda boca a boca que desde el manifiesto se recomendaba, en este escenario donde la repartija de volantes era castigada con la cárcel y pegar afiches conllevaba similar destino; la prensa sirvió como instrumento fundamental de publicidad. Las noticias del mitin —como así también la de los preparativos— se reprodujeron en los diarios locales que estuvieron muy atentos al acontecimiento, al que, como ya dijimos, se juzgaba como un hecho destacado en el acontecer provincial.

Sin embargo, como regía el estado de sitio la policía decidió prohibir —horas antes del acto— la circulación de las columnas que pensaban partir de la Plaza Alberdi hacia la Plaza Independencia, centro político de la ciudad. Y también impidió el uso de carteles “teniendo en cuenta que era más sensato prevenir que reprimir.”<sup>37</sup>

Los actos y manifestaciones, señala Hilda Sabato, tienen por objeto influir sobre las conductas del poder político y buscar adhesión social, al mismo tiempo que funcionan como un elemento reforzador de la identidad.<sup>38</sup> Los organizadores consideraban que para ello el mitin necesitaba realizarse en el núcleo del espacio público. Ya que expresarse en el centro de la ciudad no significaba sólo aparecer, sino que era una manera de construirse como protagonistas. De esta forma, la idea de acotar la protesta a una plaza periférica molestó a los dirigentes, quienes además de apropiarse de un lugar emblemático, también pretendían visibilizar el malestar a través del recorrido de las calles céntricas.

El Secretario General del Sindicato de Albañiles argumentó que “no se nos ha permitido el recorrido de esta manifestación pensando quizá que somos un partido

<sup>36</sup> En este sentido, seguimos aquí la propuesta de Luc Boltanski quien señala la necesidad de analizar dos niveles en la experiencia de indignación para poder traducirla en términos de crítica articulada. Uno es el emotivo, la vivencia, mientras que el otro necesariamente tiene que salir de un apoyo teórico o una retórica argumentativa. Cfr. Luc Boltanski, *L'amour et la justice comme compétences*, París, Métailié, 1990 y “Dissémination ou abandon: la dispute entre amour et justice et l'hypothèse d'une pluralité de régimes d'action”, en L. Quéré (dir.) *La théorie de l'action*, París, CNRS, 1993, citado en Luc Boltanski y Eve Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002

<sup>37</sup> Palabras del Jefe de Policía a los organizadores del acto. *El Orden*, Tucumán, 6.4.1931

<sup>38</sup> Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Quilmes, UNQ, 2004.

político y bochinchero” pero destacó en cambio, que ellos eran “gente de trabajo, pacífica”.<sup>39</sup> Y el juego de este argumento, donde lo desordenado adquirió una connotación negativa, responde por un lado a cierto desprecio y descrédito por la “politiquería” y por otro, también a las expectativas que sobre las manifestaciones obreras existían en la sociedad.<sup>40</sup> Los diarios y las crónicas de la época destacaban —cuando no había incidentes— el “orden” y la “tranquilidad” de las columnas de manifestantes, e inmediatamente se destacaba la legitimidad del reclamo. Frente al “bochinche”, en cambio, la demanda perdía sentido.

No obstante, a pesar de las dificultades y las dudas iniciales, el acto se llevó a cabo en el lugar asignado por las autoridades, con “una numerosa concurrencia, superior a la de todas las reuniones similares anteriores”.<sup>41</sup>

Las consignas del mitin eran: aumento de salarios a los obreros ocupados, jornada de siete horas diarias, pago de un subsidio diario de dos pesos a los obreros desocupados, pasaje gratis para los obreros que necesiten trasladarse a otros lugar en busca de trabajo, libertad de prensa obrera y de huelga, libertad de los presos por cuestiones sociales, repatriación de los deportados, levantamiento del estado de sitio y fin de la ley marcial.

En las demandas aparecían dos ejes: uno vinculado a la desocupación como problema social y económico, mientras que el otro impugnaba el sistema represivo y el orden político. La problematización de la desocupación apuntaba a la patronal con la esperanza de obtener mejores salarios y, en algunos casos, una contracción de la jornada. Esta última demanda coincidía con los planteos más globales, tanto de la CGT como del Partido Socialista, que sugerían la reducción horaria como medida generadora de empleo. Pero era especialmente al Estado y al gobierno a quienes se exigían medidas: subsidios, transportes, traslados y la normalización de las condiciones políticas y sociales, así como el fin del sistema represivo.

En principio, las consignas remitían a los repertorios conocidos de los trabajadores y se relacionaban con las demandas del movimiento obrero a nivel nacional. De esta forma, aunque a partir de indicios y de sus trayectorias posteriores, podemos estimar que ambos sindicatos organizadores tenían vínculos con el comunismo, estos no fueron puestos en juego, ya que como destacó días después una editorial de Mundo Obrero, en el mitin se enfatizó:

<sup>39</sup> Discurso del albañil Salvatierra, secretario general del Sindicato Autónomo de Obreros Albañiles y anexos, *El Orden*, Tucumán, 06.05.1931.

<sup>40</sup> Varios argumentos podrían esgrimirse sobre el descrédito de los políticos en el mundo obrero. Más allá del mitin, las denuncias de maniobras de políticos para sembrar descontento en lugares de trabajo, como los talleres ferroviarios, las denuncias del uso que éstos hacían de los trabajadores y varios llamados a desoír a los políticos interesados, aparecen como las claves más llamativas en las fuentes respecto a la compleja relación entre políticos y mundo del trabajo. Esto también se relaciona con el fuerte sentimiento que arraigaba en la mayoría de los trabajadores sobre la separación de las esferas política y gremial.

<sup>41</sup> *La Gaceta*, Tucumán, 06.04.1931.

[...] la necesidad de formar organismos gremiales sin ideologías políticas [idea] que refleja bien a las claras que ya nuestro trabajador se ha dado cuenta de que es imposible mantener sus conquistas y hacerlas respetar si no se cuenta con organizaciones sólidas y numerosas que únicamente se pueden formar con la unión de la cantidad de gremios deponiendo ideologías que nada tienen que ver en la lucha el trabajo.<sup>42</sup>

Estimamos que esto también fue así porque lo que se estaba poniendo en juego era la reconstrucción de un escenario sindical que había sido golpeado por la crisis y la represión.

Durante la manifestación, la restricción policial respecto al uso de carteles fue respetada. Muchos presentes abandonaron los que ya tenían, pero —informan las crónicas— uno permaneció atado en la esquina de la plaza, en el cruce de las calles Santiago del Estero y Catamarca. En él podía leerse “Queremos un subsidio diario de dos pesos para los desocupados de parte del gobierno”.<sup>43</sup>

De esta forma, tanto en el cartel que subsistió amarrado, como en las consignas del acto, aparecieron diferencias respecto a los relatos periodísticos sobre el mitin. Estos últimos le quitaron al acto todo cariz de crítica o demanda al gobierno, atribuyéndole a las “últimas contingencias económicas”<sup>44</sup> o “al espíritu de los capitales inmovibles”<sup>45</sup> la culpa por “la angustia de la miseria”. Los trabajadores allí reunidos plantearon, desde el inicio, un escenario diferente y desde las tribunas le contestaron al discurso oficial que intentaba instalar la idea de que no existían responsables por el malestar de la población.

Las “contingencias económicas” y el problema de la superproducción azucarera se habían plantado en la provincia como ejes articuladores de un discurso que justificaba las prácticas empresarias, principalmente las de los azucareros. La existencia de *superstocks* era expuesta como causa de los bajos salarios, la desocupación y los despidos. Los trabajadores, sin embargo, cuestionaron estos argumentos. “En nuestro país la desocupación es inmensa y se la atribuye a la superproducción” decía el representante de los chauffeurs, pero “no hay superproducción hay acaparamiento. Los almacenes y depósitos se encuentran abarrotados de alimentos, mientras el pueblo se muere de hambre, por esto no hay superproducción, puesto que si estos fueran accesibles al pueblo, él los consumiría”.<sup>46</sup>

El alegato impugnaba las prácticas económicas —y las políticas que lo permitían— convirtiendo el problema no en un fenómeno económico abstracto y mecánico, sino en el resultado de un conjunto de acciones y voluntades humanas. El acaparamiento era, en definitiva, una práctica social susceptible de ser modificada y regulada por el Estado, y las “excusas de los industriales” sobre su situación

<sup>42</sup> *El Orden*, Tucumán, 07.04.1931.

<sup>43</sup> *La Gaceta*, Tucumán, 06.04.1931 y *El Orden*, Tucumán, 06.04.1931.

<sup>44</sup> *La Gaceta*, Tucumán, 05.04.1931.

<sup>45</sup> *El Orden*, Tucumán, 05.04.1931.

<sup>46</sup> Discurso del representante de Chauffeurs. *El Orden*, Tucumán, 06.04.1931.

crítica podían no ser aceptadas como argumento legítimo para disminuir salarios o despedir trabajadores. Esta reformulación de la explicación, le otorgaba un sentido “moral” a la demanda y colocaba a las autoridades, a los industriales y a los acaparadores, en clara infracción. En ese sentido, las palabras expuestas durante el acto fueron visibilizando un sentido común respecto a qué cosas se podían pedir y, asimismo, daban cuenta de una lucha mucho más amplia por expandir los horizontes de aquello considerado “socialmente justo”.

Además, los discursos de los oradores abordaron temas como “la irrespetuosidad de las leyes”, las falencias en las instituciones de mediación, como el Departamento Provincial de Trabajo, y las condiciones de trabajo de todos los obreros. Aquí, si bien en algunas quejas el sayo les cabía a los patrones, era otra vez del Estado de quien se esperaban acciones para que se respeten las normas al interior de los espacios laborales, y así lo hicieron saber cuando exigieron un mayor control de los ambientes de trabajo.

Existía entre los participantes una noción de derechos sociales que habían sido descuidados, olvidados o negados por el Estado. Al respecto, un orador del sindicato de albañiles —identificado por las crónicas como Segundo Fernández— expuso que organizaban el acto para “exigir sus derechos, porque es muy triste pedir limosna a los gobiernos”.<sup>47</sup> Porque —dijo el Secretario general del Sindicato de Albañiles, Sr. Salvatierra— estaban “en una tierra fértil donde no se debía mendigar trabajo, sino exigirlo, organizando(se) en fuerzas respetables y conscientes de sus deberes y derechos”.<sup>48</sup>

Los discursos, sin embargo, mostraron una desesperanza dolorosa respecto a posibles respuestas concretas y dejaron en evidencia que la mayoría de los oradores no tenía expectativas sobre las demandas. En ese sentido, el representante del Sindicato Unión Chauffeurs —no trascendió su nombre— dejó sentado que al gobierno “no le importa el pueblo” y en la medida en que permite la miseria era consecuentemente responsable de su extensión y no un agente para su erradicación. Explicó que la deplorable situación de pobreza se debía a que “la consigna de los gobiernos es defender únicamente al capital”.<sup>49</sup> Rosa Mercado, miembro del Socialismo Independiente, también dejó asentada una idea similar. Cuando llegó su turno para hablar pidió que la nueva ley de protección azucarera ahondara en mejores remuneraciones para el personal obrero, aunque, dijo, “no era probable (que) llegara a obtenerse”.<sup>50</sup>

<sup>47</sup> Discurso del Sr. Segundo Fernández, del Sindicato de Albañiles, *El Orden*, Tucumán, 06.04.1931.

<sup>48</sup> Discurso del albañil Benito Salvatierra, Secretario General del Sindicato Autónomo de Obreros Albañiles y Anexos, *El Orden*, Tucumán, 06.05.1931.

<sup>49</sup> Discurso del representante del gremio de chauffeurs. *El Orden*, Tucumán, 06.4.1931.

<sup>50</sup> Discurso de Rosa Mercado, reproducido en *La Gaceta*, Tucumán, 06.05.1931.



El manifiesto descreimiento en las posibles soluciones del Estado, tanto para ocupados como para desocupados, nos permite pensar que lo central en este punto es cómo se construyó la movilización y la demanda y lo que ésta generó, más allá de los pedidos concretos y las respuestas del Estado. En ese sentido, en un contexto como el de esos años, salir a la calle, exponerse en el espacio público y demandar, era ya un acto político y era también una acción de protesta que daba cuenta de los efectos más mediatos de esa experiencia de explotación por la cual se protestaba. Esas consecuencias atravesaban el cuerpo y el “rostro esquelético” de los manifestantes. Y esto quedó expresado en el manifiesto de invitación, pero también fue plasmado en los discursos, donde el hambre, la miseria y las penurias del hogar obrero, ocuparon a parte de los oradores.

El primero en hacer referencia a ello fue un albañil identificado como Pedro Gómez, quien explicó desde las tarimas que realizaban “un acto de protesta pidiendo el pan para nuestros hijos que a diario lloran por él. A nosotros, los padres, se nos despedaza el corazón al sentir esos ayes lastimosos en nuestros hogares humildes.”<sup>51</sup>

Visibilizar la experiencia, verbalizar el hambre y la miseria, conformaban un acto plebeyo y visceral que emergía por detrás de las normas públicas del discurso obrero clásico y trascendía —en términos de la lucha— la necesidad de esperar respuestas del Estado. Las palabras de este orador pusieron en escena tramas cotidianas, relaciones familiares y el sufrimiento de los próximos. Pero continuó explicando que “a raíz del hambre que nos azota, hemos decidido ocupar con el mayor empeño el puesto de lucha contra el capitalismo, siendo necesario sellar la unidad de todo el proletariado, como el verdadero camino que nos conducirá a un triunfo”.<sup>52</sup>

De esta forma, destacaba la desventura, pero también verbalizaba la conciencia de la explotación. La demanda por asegurar la propia subsistencia tenía un contenido moral, pero también, e insoslayablemente, un sentido político.<sup>53</sup>

El orador apeló a la sensibilidad colectiva que sabía receptiva ya que el desempleo era un tema socialmente muy presente y material de crónica casi diaria en la prensa provincial. Al respecto, a medida que la desocupación se profundizaba se multiplicaban los relatos de los cesantes y sus penurias cotidianas, quienes eran generalmente presentados con fotos familiares en las páginas de los periódicos de

<sup>51</sup> Discurso de Pedro Gómez, miembro del sindicato de albañiles, *El Orden*, Tucumán, 06.04.1931.

<sup>52</sup> Discurso de Pedro Gómez, miembro del sindicato de albañiles, *El Orden*, Tucumán, 06.04.1931.

<sup>53</sup> Sobre el contenido político de la lucha por la subsistencia Cfr. Axel Honneth, “Redistribución como reconocimiento: Respuesta a Nancy Fraser” en Nancy Fraser y Axel Honneth, *¿Redistribución o reconocimiento?* Barcelona, Morata-Paideia, 2006.

la época.<sup>54</sup> En el mitin, en el espacio de la protesta, la demanda por cumplimiento de leyes, derechos y mejores condiciones de trabajo también fue entrelazada con el relato de la tragedia cotidiana, dándole más fuerza a un reclamo al vincularlo con la emoción. Esta forma de construir un grupo parte de destacar el sufrimiento propio como canal para permitir a aquellos sujetos a las mismas condiciones liberar parte del dolor. Sin embargo, de la emoción debía surgir la acción. Pedro Gómez, el mismo orador, también se refirió a esta situación exclamando que:

Es menester ser activo y práctico, buscar la unión de los trabajadores, única manera de evitar que caigan en la ruina nuestros hogares. Para conquistar el pan hay que unirse no olvidando que es nuestro deber concurrir a todos los actos de nuestras organizaciones cuidarlas y amarlas porque es el arma con que contamos nosotros para emanciparnos del yugo capitalista y terminar la vergonzosa explotación a que estamos sometidos.<sup>55</sup>

Aquí el discurso retoma la retórica tradicional del mundo obrero. Estaban allí “porque consideramos injusta la dominación de una clase sobre otra, desde que constituye una ínfima minoría que se aprovecha del esfuerzo y la producción de la extensa mayoría de los obreros que no poseen nada y viven sumidos en la miseria”.<sup>56</sup>

La mención al capitalismo puso a jugar otro de los actores centrales de la trama. Éste —y sus representantes— junto con el Estado —y sus representantes— conformaban el sistema de explotación y sus prácticas atentaban contra la vida de las mujeres y los hijos de los trabajadores.

De esta forma, frente a la inacción estatal y abrumados por las dificultades para sostener y alimentar a una familia los dirigentes sindicales construyeron una estrategia de lucha para terminar con la explotación de clase. Cómo lo hicieron en ese contexto de estrecha vigilancia policial y de pesimismo. Buscaron factores de

<sup>54</sup> En este contexto, el desamparo y la inseguridad, sumados a la imposibilidad de pensar el porvenir propio y el de la familia, quedaron arraigados un discurso que la prensa supo recoger, donde la presencia de “los suyos” fue constante. La referencia a la miseria en el entorno familiar aparece marcadamente en la problemática del obrero sin trabajo. La imposibilidad de educar, vestir y alimentar a sus hijos era un eje central del imaginario de la época, donde mujeres y niños se realizaban como las principales víctimas de la situación. Tanto los relatos como las fotografías aparecidas en los diarios constituyen un material invaluable para sumergirse en las trayectorias laborales de muchos trabajadores y la vinculación con sus familias. La estructura del relato era similar en todos los casos, presentándose dos modelos. Uno destacaba a hombres cansados de buscar trabajo sin encontrarlo, y el otro relataba la injusticia de la cesantía después de años de servicio. Los dos coincidían en la miseria de los hogares y sus familias. Muchas veces, luego de la presencia de estos trabajadores en los diarios, alguien les ofrecía trabajo o las editoriales se ocupaban de la necesidad de dar empleo. María Ullivarri, “No hay vacante...”; op cit.

<sup>55</sup> Discurso de Pedro Gómez, miembro del sindicato de albañiles, *El Orden*, Tucumán, 06.04.1931.

malestar y descontento que atravesaban la vida de todos: la miseria y la desocupación y apelaron a las emociones para construir la demanda e instalarla en el espacio. Asimismo, los organizadores intentaron dar respuestas para ese estado de ánimo proponiendo estrategias de lucha y soluciones posibles a través de la vinculación con las organizaciones. El representante de los chauffeurs lo graficó con estas palabras: “nadie es nuestra defensa, sino somos nosotros mismos, debemos comprender que la única arma son las agrupaciones obreras, y debemos fortalecernos para defender la vida de nuestros derechos.”<sup>57</sup>

La pobreza, así como también la desocupación eran, sin duda, un factor de unificación y un común denominador en un colectivo heterogéneo. El eje puesto en la verbalización de las carencias privadas potenció las posibilidades de articular colectivamente la experiencia y conformó, a su vez, una estrategia de lucha con alto contenido político. La utilización de imágenes o discursos de otra índole estaban siempre mediatizados por experiencias diferenciadoras desde lo cultural, lo laboral, lo social, lo político y lo ideológico.<sup>58</sup> Esto planteaba una dificultad que varios oradores abordaron. Los relatos periodísticos destacan el testimonio de un albañil de apellido Trejo quien “se ocupó con especialidad del deber que concierne a los obreros, los cuales deben desprenderse de las ideologías que los han mantenido distanciados entre sí, en procura de la unión que es el precepto básico de la fuerza”.<sup>59</sup> Mientras que la Unión Chauffeurs citó “a todos los gremios sin distinción, a responder con su cooperación en este movimiento que se hace en procura de mejor pan, más equidad y mayor justicia”.<sup>60</sup>

El camino que construyó el motivo de la lucha transitó la vivencia de la miseria inserta en el microcosmos familiar de un barrio de la ciudad de San Miguel de Tucumán y se extendió hasta el “puesto de lucha contra el capitalismo” y la propuesta de liberación de los oprimidos.

Fue a través de un discurso que homogeneizó la identidad de clase a partir de una explotación en común, que el mitin permitió a aquellos que asistieron: el

<sup>56</sup> Discurso de Pedro Gómez, miembro del sindicato de albañiles, *El Orden*, Tucumán, 06.04.1931.

<sup>57</sup> Discursos de los representantes del gremio de chauffeurs. *El Orden*, Tucumán, 06.04.1931.

<sup>58</sup> En la provincia, las disputas ideológicas entre distintas organizaciones del movimiento obrero habían impedido en muchas oportunidades la construcción de acciones en conjunto, a la par que dificultaban la marcha de algunos sindicatos cuando los conflictos se planteaban al interior mismo de una organización. Un ejemplo de ello fueron las dificultades para conformar una central obrera donde comunistas, socialistas y sindicalistas se enfrentaban abiertamente. Asimismo, el mundo obrero de la provincia estaba compuesto por una multiplicidad de experiencias construidas a partir de diferentes historias de vida, empleo, calificación, ideología, etc.

<sup>59</sup> *El Orden*, Tucumán, 06.04.1931.

<sup>60</sup> *El Orden*, Tucumán, 06.04.1931.

desocupado, el empleado de comercio, la telefonista sin clara vocación revolucionaria, el albañil, etc., diluir su situación particular en la de un grupo mayor de personas. En este sentido, la unidad de clase se presentó como posibilidad de contención frente a la incertidumbre de la vida y como garantía para el cumplimiento de los derechos que les correspondían. A todos se les propuso, además, participar de una lucha que los liberaría.

La consigna más amplia no distinguía ya ocupados de desocupados porque construía un futuro de bienestar a través de la lucha de las “clases proletarias” contra la opresión mediante el acercamiento a las organizaciones “como verdadero camino para el triunfo”. De esta forma, a través de las palabras enunciaron su presente, pero éstas también se convirtieron en un poder sobre el futuro.<sup>61</sup>

Esas mismas palabras buscaron, además, un efecto de sentido. En definitiva, como lo expresa Nancy Fraser, los intentos de ubicar cuestiones concernientes a la domesticidad, como aquellos “ayes lastimosos” o el “corazón despedazado”, fuera del debate público —personalizándolos o familiarizándolos— resulta una estrategia de los grupos dominantes. Las luchas por ubicar estos problemas en el espacio público haciendo partícipes a un conjunto mayor de personas sirve para revertir la subordinación asociada a esa situación que algunos sectores pretenden invisibilizar.<sup>62</sup>

Los discursos visibilizan estrategias y traducen experiencias comunes. La palabra, dice Arlette Farge, es artesana de sensaciones.<sup>63</sup> Un manifiesto de invitación plagado de emotividad y descripciones dolorosas sobre hambre, miseria y dolor, acercó a la multitud al acto. Allí, los discursos dejaron sentada la disconformidad con el yugo capitalista y demandaron cuestiones políticas —libertad de prensa, libertad de palabra y el levantamiento del estado de sitio—, pero también dieron expresión pública a sensaciones y vivencias. La emoción del hijo llorando por pan adquirió, en este mitin, el mismo contenido político que la promesa del fin de la dominación de clase.

## REFLEXIONES FINALES

La palabra, dice Arlette Farge, es artesana de sensaciones.<sup>64</sup> Y, en ese sentido, al comenzar este trabajo nos preguntamos sobre la naturaleza de los argumentos puestos en juego para conformar un lugar de representación obrera en un escenario de crisis, desocupación y restringida actividad sindical. Nos propusimos analizar un

<sup>61</sup> Arlette Farge señala que la palabra destila temporalidad, se cuenta lo que fue, se actúa verbalmente sobre lo que es y se espera para más tarde un porvenir mucho mejor. Arlette Farge, *Efusión y tormento. El relato de los cuerpos. Historia del pueblo en el siglo XVIII*, Buenos Aires, Katz, 2008

<sup>62</sup> Nancy Fraser, “Reconsiderando la esfera pública: una contribución a la crítica de la democracia existente”, en *Entre pasados*, N° 7, 1994.

<sup>63</sup> Arlette Farge, *Efusión...*, op cit, p. 66.

mitin organizado para protestar contra la desocupación y examinar los discursos expresados allí, pensando a la palabra como visibilizadora de una estrategia y como traductora de experiencias comunes. En un principio, al narrar los pormenores, supusimos que el problema de los desocupados generaría incomodidades entre los sindicatos. Sin embargo, observamos que se constituyó como uno de los factores que les permitieron, a los dirigentes obreros, repensar una estrategia de lucha, dándoles nuevos motivos para resistir.

Debido a las dificultades que la desocupación introdujo en los criterios de representación y de lucha, la construcción de la reivindicación se arraigó en la simbolización de la propia vida a partir de condiciones de subalternidad. De esta forma, el eje troncal por el que se construyó la subjetividad y se interpeló al semejante, partió de la experiencia como el denominador común que permitió unificar la multiplicidad de historias de vida individuales transformándolas en comunitarias.<sup>65</sup>

En momentos como los de los primeros años 30, la experiencia de explotación se intensificó y provocó un notable deterioro en la calidad de vida y de trabajo, que afectó las relaciones laborales y las familiares. Esta última arista constituía un centro neurálgico en la existencia de los trabajadores. En tal sentido, cuando a mediados de 1930 *La Gaceta* publicó una serie de reportajes a obreros bajo el título “Habla el proletariado”, puso en evidencia que la principal angustia de la existencia se resumía en la imposibilidad de dar sustento a aquellos a quienes más quería. Un albañil dijo:

Creo que a un hombre y sobre todo cuando llega a determinada edad se le debe conceder el derecho de tener un hogar, el hogar no es privilegio de unos pocos, uno de los deberes del hombre es la constitución de la familia, justo es pues que esa familia [...] sea mantenida, alimentada, vestida, debiendo bastar porque el derecho de la igualdad así lo exige, el trabajo del jefe doméstico.<sup>66</sup>

Más significativo aún resulta el siguiente testimonio, que destaca que en muchas oportunidades no sólo se les vedaba la mantención de una familia sino la posibilidad de tenerla:

[...] hay hombres que sacrifican sus anhelos sentimentales, que renuncian a la formación del hogar porque saben que no podrían sobrellevar las cargas consiguientes [...] cómo no habrán los pobres peones de exigir siempre, ya que el amor conyugal les está vedado.<sup>67</sup>

<sup>64</sup> Arlette Farge, *Efusión...*, op cit, p. 66.

<sup>65</sup> E.P Thompson, *La formación...*, op cit.

<sup>66</sup> Reportaje a obreros albañiles, *La Gaceta*, Tucumán, 27.03.1930.

<sup>67</sup> *La Gaceta*, Tucumán, 28.03.1930.

Esta arista de la vida obrera adquirió mayor sentido si se considera que para muchos una de “sus misiones sociales es formar un hogar” y para otros la constitución de la familia encarnaba “uno de sus inalienables derechos sociales”.<sup>68</sup> Pensada entonces en términos de derechos, y en ese contexto, el problema de los desocupados no generó incomodidades entre los sindicatos, sino que se constituyó como uno de los factores que les permitieron a los dirigentes obreros, repensar una estrategia de lucha, dándoles nuevos motivos para resistir. Este proceso permitió a los sujetos construir sentidos comunes cómodamente reconocibles por todos — independientemente de su situación respecto al empleo— en la medida en que la identidad de clase fue definida sobre relaciones de dominación extendidas sobre todo el entramado social. En un contexto de desempleo y de crisis, la experiencia de explotación sentida a través de una amplia gama de relaciones sociales, permitió la confluencia de sentidos también para aquellos para los cuales los términos “trabajador” y “ocupado” habían quedado en desuso.

La palabra, señala Farge, provoca la sensación primordial de existir de a muchos y de descifrar el mundo gracias a ella.<sup>69</sup> Los dirigentes sindicales —o aquellos a quienes la prensa registró con nombre propio— construyeron políticamente un argumento sustentado en los valores de lo justo que los definían como grupo. Expresándose a través de la tragedia pudieron apropiarse del espacio público, pusieron en palabras una situación y encauzaron el malestar mediante expresiones racionalizadas de la rabia y la indignación. Y lo hicieron mediante un doble registro en el discurso: la explicación de la privación que los aunaba como clase y la marca de un curso de acción.

En definitiva, la estrategia discursiva de la dirigencia fue hacer públicas sus dificultades diarias y ampliar así la representación. Por otro lado, permitió relacionar lo cotidiano con lo político, ubicando la vida privada en el mundo público y disputando el espacio —material, simbólico y discursivo— para que ese malestar sea considerado legítimo. Una vez allí, las condiciones de vida y, en definitiva la supervivencia, tendrían que ser una cuestión de agenda pública.

No sabemos cuáles fueron las respuestas de los participantes ni cómo se reapropiaron de los discursos. La prensa sólo señaló que “las exposiciones fueron seguidas con interés por los asistentes” y “que aplaudieron sus palabras (refiriéndose a los oradores) en diversos pasajes”.<sup>70</sup> Asimismo, los diarios comentaron que el mitin contó con “una numerosa concurrencia”, como dijo *La Gaceta*, o que “alcanzó regulares proporciones a pesar de haber tenido que realizarse en un determinado lugar, que no había sido previsto”, como dijo *El Orden*. Pero lo que sí podemos afirmar es que aquellos que asistieron pusieron el cuerpo valientemente, fortalecieron su capacidad de lucha y comenzaron a reconstruir a una “multitud disconforme”.

<sup>68</sup> Reportaje a obreros carpinteros, *La Gaceta*, Tucumán, 03.04.1930.

<sup>69</sup> Arlette Farge, *Efusión...*, op cit.

<sup>70</sup> *La Gaceta*, Tucumán, 06.04.1931.